

LA CIUDAD DE LA LUNA

Jorge Majfud



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

A nuestro querido padre Antonio, gracias por la vida.



SI POR ALGO SE CARACTERIZABA CALATAID era por sus gemidos nocturnos, por aquellos ecos fantasmales que rebotaban en los callejones oscuros de San Patricio, entre las espesas murallas de Compasión y Gitanera desde tiempos de la colonia, desde los tiempos de su dolorosa fundación. Aquellos gemidos que nunca se definían por el placer o por el dolor, entre el éxtasis y el martirio de la locura, entre la santidad y el pecado. Gemidos de Calataid que eran precedidos por las últimas campanadas del centro y, más recientemente, por el absurdo tronar de la trompeta de Basilisco —estruendos sin orden ni armonía, como un llamado del demonio a la entrada de la ciudad Santa de Calataid.

EN PARTE SU MADRE TENÍA RAZÓN. Tocar jazz o ese maldito tango en la estación del tren, en un país que se había vuelto intolerante a todo lo occidental, ¿no era una forma de exponer peligrosamente a un pueblo de europeos, refugiados de otras miserias humanas definitivamente superadas? Un pueblo que había sido la avanzada de la aventura espiritual de Europa —según el mismo doctor Uriburu—, mucho antes de que llegaran los insaciables *colons*, y que por entonces se había convertido en el rezagado del desbande, acurrucado desde 1962 en un rincón del infinito Sahara, procurando no moverse ni hacer ruido para no ser visto, para que no se oiga hablar de él ni en los cuentos infantiles, a la espera siempre de salvar al mundo del último estremecimiento, del caos, del trágico pero necesario derrumbe final.

Todos sabían que un día se correría la voz de que, escondido en el endemoniado desierto de Barbaria, un músico tocaba jazz y, en menos de lo que canta un gallo, los fanáticos de la gran secta de los moros vendrían por él y encontrarían a todo un pueblo de infieles (según su concepción equivocada de Dios), con sus iglesias llenas de imágenes y sus bodegas llenas de vino, con su orgullosa Libertad.

«*Borrosa libertad* —había escrito el padre del Basilisco, el doctor Uriburu, siete años atrás, en un cuaderno que desapareció junto con otros libros un día después de su muerte—, *libertad que nunca fue bienvenida en Calataid, pero que ahora se rescata como un trasto viejo de un baúl abandonado en el sótano, descubierto por casualidad y con desesperación por algún miembro asustado de la familia que fue corriendo a refugiarse en la oscuridad de una casa a punto de derrumbarse, a punto de ser aplastada por el vómito infernal del Vesubio.*»

Un pueblo que no tendría tiempo de explicar —según otros— que nada tenía en común con los opresores de la colonia, con el ser y la nada de París ni con los socialistas ni con Budiaf ni con Alí Kafí ni con la *Organisation Armée Secrète*. Y aunque le concedieran milagrosamente el derecho occidental de demostrarles todo eso, no podrían ocultar sus iglesias y sus santos de yeso; ni sus vírgenes de mármol con un seno hermosamente insolente; la descalza y desarropada Santa Teresa en su mejor momento de éxtasis, a punto de ser varias veces atravesada por la lanza de aquel hermoso ángel, en uno de los rincones discretos de la iglesia Matriz; ni sus criaderos de cerdos en las afueras que servían de basureros; ni sus nobles reproducciones de Fra Angélico en las paredes de la Alcaldía y la imagen largamente odiada del semidesnudo David; ni sus libros paganos conservados en los sótanos de las cinco torres ciegas, con sus miradores definitivamente tapiados en 1962; ni sus biblias ignorantes de Mahoma; ni sus aldabas anunciando el monstruoso fetichismo de cada morador; ni sus jardines y sus plazas llenas de lavandas de Francia y amapolas de China; ni sus mujeres sin chador ni sus hombres que de vez en cuando practicaban la calma del vino y la conversación racional, de

Aristóteles y San Agustín, del queso y de la carne en Ramadán. Arrancarían la aldaba de piedra que precede a Puerta del Poniente; abrirían las murallas, como en 1847; quemarían las iglesias, derrumbarían las cinco torres ciegas y darían vuelta las sagradas sepulturas; colgarían del pescuezo a la viuda del cine con dos metros de *Casablanca*; degollarían al alcalde y arrastrarían por las calles al ruso de la tienda Palestina. ¿Y no era todo eso, acaso, el deseo secreto de un ser deforme y rencoroso como el Basilisco?

EL JUEZ CABALLERO NO ERA EL ÚNICO con esta convicción. La mayoría era de la idea de que la trompeta era un instrumento diabólico y degenerado: tocar la trompeta era como tocarse el sexo, decía el pastor Ruth Guerrero; una costumbre propia de los africanos del sur, descendientes de Onán, personaje bíblico que había sido cubierto de sombra por su vergonzoso pecado. Y esto iba para los pocos negros que había en Calataid, llegados la mayor parte de Mozambique con sus entusiasmados diablos de *pau preto*, huyendo del hambre, la locura y la guerra comunista. Los negros escuchaban avergonzados, sermón tras sermón y domingo tras domingo, en las dos últimas filas de la iglesia; no porque fueran negros, sino porque su naturaleza despedía un insoportable olor pimienta y cebolla cruda, imposible de disimular con el humo de los inciensos. Por algo —se sabía— Dios había establecido la costumbre de quemar inciensos, no para que prevalecieran olores inmundos cerca del altar, como los olores del libio cuando se bajaba del camello o los olores de las mujeres cuando estaban impuras o practicaban el lascivo arte de la imaginación.

Como resultado de los sermones, estos descendientes de Onán fueron los únicos que no se masturbaban en Calataid, aunque nunca hayan sido reconocidos por ese esfuerzo, ni siquiera por el padre d'Ángelo que, se sabía (lo sabían los sacristanes), había fracasado repetidamente en el mismo intento. Este hombre de piel blanca, casi transparente por las eternas sombras del confesionario y de la sagrada siesta, jamás perdonó que aquellos negros se bañaran casi todos

los días, en una tierra donde agua era lo que más escaseaba; y menos que confesaran no haberse tocado el miembro inferior por años, a no ser para orinar, por lo cual habitualmente recibían el castigo de cien avemarías bajo acusación de falso testimonio unas veces y de verdadera soberbia las demás. Pero como los negros eran pobres e ignorantes —según pensaba la hermana del Basilisco— y servían como trapo de piso para las conciencias de la Segunda Guerra, tampoco eran mal recibidos. Incapaces de mirar siquiera a una mujer blanca directamente a los ojos, servían como enoucos terapéuticos. Las señoras del centro solían contratar estos hombres del sur como sirvientes, para que les cocinaran y les lavaran la ropa limpia, para cambiarse de vestidos delante de ellos, en la confianza de sus maridos de que los negros no sentían nada, pese al tamaño privilegiado de sus miembros inferiores (o por eso mismo). «Cuanto más grande la linga, más difícil parar élla e menos goce produce» decían en los bazares, en los clubes de armas, como si algún día hubiesen poseído alguna de semejantes dimensiones. «Nadie sabía ni nadie podrá saber qué sentía un negro de Calataid, mas nos desnudamos delante dellos cada poco, que es mejor que andar buscando amantes para pecar contra Dios. Ellos no podían sentir nada, mas nosotras imaginábamos cosas fasta que nos fervía la sangre e quedábamos prontas para nostros maridos». En la intimidad de las mujeres, se supo que muchos maridos —también fue alarde del alcalde María de Rodrigo, una noche de copas en el Club de Armas— los hacían esperar en un rincón mientras practicaban el acto matrimonial, secretamente conscientes de los beneficios de testigos mudos e insensibles en el ánimo de sus deprimidas esposas.

Los negros que llegaron a Calataid eran más bien inocentes, con la única excepción del negro Diablo, que apenas había aprendido a hablar hispano se había dedicado a criticar las contradicciones de Calataid, hasta que la lepra terminó por comerle la lengua y se volvió más violento aún. Estuvo dos días desaparecido hasta que regresó dando gritos animales, rompiendo cuanto se le cruzaba delante hasta

que el alcuazil de María lo encerró un par de meses y logró rehabilitarlo en parte. Sus pocas aptitudes mentales no le dejaban percibir sus propias contradicciones; nadie lo había llamado, era libre de abandonar la ciudad santa cuando quisiera, pero prefería morder la mano que le daba de comer. Desde que ya no pudo pronunciar palabra por semejante castigo divino, fue objeto de la compasión de los habitantes de esta ciudad. Durante un tiempo se lo vio recogiendo monedas en la puerta de la iglesia, con tal avaricia que no se le escapaba la moneda más pequeña aunque rodase hasta el mismo infierno. Los otros negros, por el contrario, siempre se mantuvieron en virtud de humildad; apenas sabían tocar unos tamborcitos pequeños y siempre se cuidaban de no ser vistos por los blancos. No tenían dedos para el violín ni para el órgano. Carecían de las habilidades y del gusto necesario para hacer música. Pero lo reconocían. Los negros americanos, en cambio, llevaban un doble pecado: el orgullo, que, por si fuera poco, estaba injustificado.

Al poco tiempo, los nuevos negros, los *shetamis*, se juntaron con los negros de extramuros en una casa de oración donada por el alcalde don Villaraigosa a principio de los setenta. Muchos de ellos, aprovechándose de su demostración de fe religiosa, lograron quedarse intramuros en las casas abandonadas de la calle Compasión, entre San Patricio y la muralla de los muertos, a resguardo del viento y las habubs del desierto. De esa forma, los barrenderos aumentaron en número y las calles disminuyeron en arena hasta mediados de los años ochenta, aunque las donaciones continuaron en lo establecido por la costumbre, lo que se tradujo en permanentes fricciones y disputas entre los sudorosos y fornidos callejeros.

Entre los negros que vivían extramuros existía la creencia de que los abuelos de sus abuelos habían colaborado en la construcción de las murallas y de las cisternas de Calataid y que habían vivido en los obradores del camposanto por muchas generaciones. Para hacer las cosas más difíciles entre los negros y también entre los ciudadanos del centro, el doctor Uriburu, que para entonces había confundi-

do la práctica de la medicina con el estudio de la arqueología y de las creencias sociales, decía haber probado esta creencia silenciosa decodificando el orden de las grandes piedras. Pero esta teoría de los albañiles africanos era la teoría de un aficionado a la arqueología y no la revelación de algún libro sagrado. La famosa *Historia* del padre Juan II, escrita en el siglo XIX, mencionaba la existencia de los *nigros* intramuros de Compasión, como refugiados de la violencia y del hambre de Agadez, en Níger, pero no los relacionaba con la construcción o reconstrucción de alguna muralla (y la historia se basa en documentos o no es historia). Se sabía que los africanos, sobre todo los del sur, eran incapaces de trabajar la piedra y mucho menos de concebir algo más perdurable que el sonido de un tambor o los colores hechos en base de adobe. Todo lo cual se evidenciaba en las casas arruinadas de Compasión y en la arena que había invadido sus puertas de entrada.

PERO EL BASILISCO, QUE HABÍA REFLEXIONADO sin éxito sobre las implicaciones de su arte y de su trompeta, decía que en Calataid odiaban más a los negros que a los americanos en general, ya que éstos apenas si eran seres imaginarios. No sólo porque de Europa central había llegado el mito del blanco ario, o blanco a secas, no sólo porque Calataid era un oasis de cristianos blancos en el desierto, definitivamente solos desde la independencia de Argel, sino porque estaban rodeados de mauros salvajes, que para un blanco sin bello en la cara era la misma cosa. Lo que no evitaba que cada una de las variaciones sobre el blanco implicara odios inimaginables en un viajero desprevenido. A su vez, estos odios secretos no impedían que los habitantes de Calataid se considerasen la reserva moral del mundo, por lo cual cada uno de ellos adolecía de un patriotismo crónico que se expresaba en la idolatría de los símbolos del pueblo. Los unía el orgullo, un orgullo ciego e incontestable, frío como el hielo, impenetrable como la muralla que protege el templo donde habita Dios. Un orgullo—confesó, en los fondos de la cisterna donde fue recluido en 1979—que me dejó sin palabras tantas veces, triste tantas veces, preocupa-

do tantas veces, temeroso a veces, definitivamente desesperanzado. La bandera de Santa Inmaculada de Calataid, un triángulo rojo con una cruz dorada en el baricentro, era capaz de emocionar hasta las lágrimas a cualquiera. Sobre todo cuando se repetía por miles en las calles y en los comercios, los días de fiesta. Entonces, no importaba si era blanco o negro, rico o pobre, hombre o mujer, jinete o alazán. La altura de las cinco torres ciegas y el espesor inhumano de sus antiguas murallas eran, ante los ojos de sus habitantes, pruebas irrefutables de un espíritu excepcional, moldeado sin duda por la gracia de Dios.

¿De dónde procedía este admirable orgullo? Tampoco los habitantes de Calataid lo sabían, pero evitaban formularse la pregunta adelantando las respuestas, decía el padre de Basíledes. Según su teoría de arqueólogo aficionado, cualquiera podía haberse dado cuenta que un pueblo que sufre de fragmentaciones necesita una bandera que diga UNIÓN, necesita de esa mentira para sobrevivir a su propia disolución, para hacerse monstruosamente fuerte, hasta que finalmente triunfe la uniformización y la decadencia definitiva.

CON TODO, EL DOCTOR SALVADOR URIBURU era un arribado. Ni siquiera se podía decir que era un traidor sino, simplemente, una de las tantas e inevitables amenazas que durante siglos habían llegado desde el exterior. Si no preocupaba más a sus habitantes, era porque la historia decía que el espíritu de Calataid terminaba predominando, como el lenguaje más perfecto se impuso sobre el caos babélico de los antiguos inmigrantes sin idioma.

Pero sin duda el hijo más despreciable de Calataid fue su hijo, el Basilisco, el hombre bestia que llegó a poner a todo un pueblo al borde de la desaparición. No por sus ideas, ya que era incapaz de concebir una, a pesar del tamaño desproporcionado de su cabeza, sino por su conducta. Su madre lo había engendrado defectuoso y su padre lo había terminado de deformar, hasta lograr un perfecto monstruo, baboso y criminal. Para pocos, Basíledes había sido un tipo más

bien tímido y sólo tenía cabeza para la música. Según él mismo, todas las cosas que acontecían en su vida tenían significado si las podía traducir a negras y blancas. Incluso vivía como si fuese uno de esos músicos famosos que había visto en las enciclopedias de su casa: locos y mal vestidos, indiferentes a las burlas del pueblo, aquellos seres mitológicos tarde o temprano terminaban rechazando ese reconocimiento ajeno que sólo llega cuando la víctima ya no lo necesita. En el otoño imaginario de Calataid, caminaba por Empedrada como si caminase por Viena, auxiliado por esa prodigiosa imaginación que sólo poseen los artistas adolescentes y que luego deben perder para tener algún tipo de reconocimiento o simplemente para no perecer de hambre. Poco antes del atardecer, se iba con su trompeta a la muralla de Lázaro, y se quedaba mirando por donde se ponía el sol y llegaba el tren. Su soledad también era importante para nosotros: no sólo porque él no gustaba de la gente, sino, sobre todo, porque distraían élo. Ningún problema era importante cuando volvía mi mente a una melodía que estaba naciendo dentro de mi cabeza. Y si eran malos tiempos y no se me ocurría nada, bastaba con recordar a Shubert, aquel niño feo y ridículo pero gran músico, para olvidar por completo que estaba solo en una insignificante aldea del desierto, mientras el mundo se extendía por todo el planeta dando un largo rodeo para evitar pasar por allí. O murmuraba *Aire* de Bach, para no pensar en el empleo que tenía en la alcaldía, en sus compañeros de trabajo que cada día soportaba menos. En el pueblo le decían «el loco de la corneta», porque tampoco a ellos les caía bien. Es cierto que tampoco su aspecto ayudaba mucho: su frente, saltona y deformada, me daba un perfil de bisonte prehistórico, y sólo servía para asustar críos y molestar la vista de los adultos, que decían que esa frente crecía año tras año debido al esfuerzo inhumano de soplar la trompeta. Para algunos, su frente era el resultado de un mal nacimiento, ya que para salir del vientre de mi madre tuvieron que emplear pinzas que me dejaron marcas en el cráneo hasta los cinco años. Para otros no: la dificultad de su nacimiento sólo se debió al tamaño exagerado de su cabeza en

el momento de la gestación, lo que significaba un accidente genético, la consecuencia de la adicción de alguno de sus padres o, lisa y llanamente, un castigo de Dios. Una explicación memoriosa habría relacionado el tamaño excesivo de su cabeza y la falta de piernas de su hermana con la caída de uno de los aviones que explotó en 1949 sobre el desierto de Argelia, cuando procuraban reabastecerse de combustible en el aire. Entonces, habíamos enviado toneladas de material persuasivo que debía precipitarse en otro lado. El mundo nunca se enteró, por supuesto, y no tenía por qué hacerlo. Sólo algunos habitantes de Calataid vieron el avión arrastrando humo primero y después una bola de fuego blanco que no lo dejó llegar al suelo. El resto se lo tragó el desierto. Pero Calataid quedaba afuera del mundo y sabíamos que no estaba interesada en recordar el incidente que rápidamente atribuyó a un espejismo del desierto. Claro que esta teoría de la radiación también comprometería al resto de la población, lo que, a juzgar por el excesivo número de minusválidos, homosexuales, ateos y muertes imprevistas, no se iba a imponer al olvido popular con mucha facilidad. Sin embargo, el pueblo siempre prefirió buscar las razones dentro de la casa del afectado y evitar reclamos más comprometedores. Los habitantes de Calataid sólo veían individuos, buenos o malos, virtuosos o pecadores; nunca creyeron en el pecado colectivo ni en la injusticia social. A lo sumo, un defecto en uno de sus hijos era responsabilidad de sus padres, pero nunca del resto del pueblo. En el caso del Basilisco, siempre hubo discrepancias y grupos de partidarios que apoyaron una teoría o la otra, pero es probable que aquella frente, luego acentuada por la falta de cabello, sólo haya servido para recordarme, desde que tuve uso de razón, que era diferente al resto de los críos. Hecho que quiso atenuar en su adolescencia envolviéndose fuertemente la cabeza con una venda ajustada que se ponía por las noches y que nunca resultó en una disminución de su perímetro, sino que, más bien, sólo sirvió para despertarme cada mañana con terribles dolores de cabeza.

LOS PAÑOS APRETADOS APENAS ERAN PARTE de la locura de un adolescente torturado por un defecto físico, que comparado con la suerte que le tocó a su hermana debería haber dado gracias al cielo. Cada mañana, al levantarse, medía con una cinta métrica el contorno del cráneo y, con decepción, sólo verificaba que las vendas no servían para reducir sus dimensiones, sino todo lo contrario: las aumentaba, resaltándolas todavía más con el color rojo-morado de una piel castigada por la presión inútil del paño. Cuando esto ocurría, me tiraba de espaldas en la cama y me quedaba así por horas. Pensaba que si hubiese nacido sin una oreja hubiese podido disimularlo con un pelo más largo; si hubiese tenido un lunar o una cicatriz en el mentón, se hubiese dejado la barba desde mucho antes de abandonarse en la puerta de la Luna. Pero no, justo él tenía que nacer con esa cabezota que no se disimulaba con nada. Si se dejaba el pelo abundante, aumentaba su tamaño aparente, y si se rasuraba hasta la piel dejaba el defecto al desnudo. Nada que hacer. Para peor, fracasar en este arte de reducir la cabeza lo ponía fácilmente irritable. Lo que de paso servía para que su madre le comentase a todo el mundo que el crecimiento de su frente no le aumentaba la inteligencia sino que la reducía, o por lo menos no la dejaba ver. Esto se lo había escuchado un par de veces, no en tono de burla, pensaba, sino con tristeza, una de aquellas largas tardes en que Basíledes se pasaba con la oreja pegada a la puerta de su alcoba, marcando aquel perfil grasoso en la madera, día tras día, tratando de escuchar las conversaciones de las visitas que acudíamos al refugio oscuro de su madre y que él prefería evitar siempre que podía. No quería ver las visitas porque las despreciaba y porque verlas significaba exponerse a que lo vieran. A ninguna de aquellas viejas le interesaba el arte de los dioses y habrían salido corriendo detrás de sus enormes tetas, envueltas en sus disfraces de viudas decentes, de haberlo visto a cinco metros de distancia, soplando *Adiós Nonino* o algún otro tango mal nacido que introdujo ilegalmente su padre en la ciudad santa. Hasta cierto punto, le conve-

nía tener un aspecto tan repulsivo: la gente se apresuraba a huir o siempre encontrábamos una excusa para retirarnos, para dejarlo solo, en paz. Pero tampoco podía decir que se quedaba solo, completamente sólo, porque su padre le había dicho que uno nunca está sólo, y con el tiempo fue descubriendo que tenía razón: nosotros siempre estamos ahí, vivos o muertos, estamos ahí.

—*¿Eso es el espíritu, papá?*

—*Tal vez sí, pero no lo repitas.*

—*¿Por qué?*

—*No sé por qué, chiquito mío. Porque tal vez no es verdad. Y si es verdad no importa. Y si importa no conviene. Y si no conviene no sirve.*

Recuerdo esa época con agrado, cuando mi padre vivía, cuando sufría por quién sabe qué cosas y yo pensaba que era feliz, que era un hombre poderoso y que conocía la verdad de los *por qué* y yo admiraba sus *cómo*, cuando todos tenían la misma edad como si hubiesen nacido con ella un día cualquiera, y seguirían teniéndola siempre; cuando el futuro era un marco inalcanzable que protegía la eternidad de mi niñez, cuando mi padre tenía treinta y tres años y esa cantidad era una enormidad de tiempo hasta que cumplí veinte y después veinticinco y me di cuenta que no era nada, apenas un momento que podía desaparecer como una noche de fiesta, cuando descubrí que en realidad mi padre era un hombre débil, lleno de temores y de dudas, luchando por esquivar la tristeza, como luchaba yo cuando no lo tuve más conmigo. En el fondo de la última cisterna, reflexioné mucho sobre esto. Y aunque había alcanzado los treinta y tres años, bajo tierra, comprendí que uno madura definitivamente cuando alcanza la edad de nuestros padres en alguno de nuestros recuerdos. Porque entonces uno siente —si no entiende— que el principio y el final están al alcance de la mano, que nacimos ayer y que mañana o pasado mañana tenderemos que irnos.

Ahora, si vamos a ser justos, habrá que decir que para su pobre madre no debió ser más fácil tener dos hijos como él y su hermana, que Dios la tenga en la Gloria, si el Diablo no le ganó de mano. Al fin de cuentas, yo tenía élos concebido e sobre mí caían todos los defec-

tos de estas dos pobres criaturas, que Dios proteja. E que Dios perdone, mas el fecho de ser la madre no mí impide ver la realidad. Mas, aún así, yo quería élos, porque eran mis hijos.

Todos reconocían que los hermanos no eran culpables de sus defectos, pero no se podía negar ni disimular el desagrado que provocaban con su sola presencia. Habían salido así porque su padre estaba enamorado de una calavera, y pensaba en ella cuando hacía el amor, había dicho la partera. E no era yo errada, porque a mí llamaba Bella Durmiente e yo sabía que ese era el nombre de la otra. E los sanos e los normales tampoco teníamos la culpa ni estaban obligados a acompañar ellos en su irremediable destino. Porque para eso Dios fizo personas diferentes, para que cada uno se ocupe de cuidar de sus propias almas.

Él había aprendido a evitar las discusiones. Le llevó tiempo, pero finalmente entendió que en ciertos momentos, en ciertos lugares, el silencio era la única respuesta posible a la virtuosa unanimidad de una sociedad perfecta. Los fines de semana había encontrado el consuelo y un escape en la construcción de metáforas. Hasta que un día, decepcionado o simplemente deprimido, pocos días antes de marcharse al infierno, hizo con todas ellas una fogata indiscreta en el patio de su casa. Algunos vecinos que vieron el humo vieron la imagen del demonio, escapando en una ráfaga de arena que descendió del otro lado de la muralla de Santiago. Un perfil conocido en los atardeceres tormentosos del desierto, la figura del hombre alto y delgado, se había estirado por el cielo evitando el aura del Convento de las Teresitas con un ronquido amenazante, hasta convertirse en un arco iris negro.

El doctor se había quedado pensando en su consultorio, en silencio y mirando la calavera que colgaba en un rincón, entre triste y muerta de risa.

NO ERA VERDAD QUE ME GUSTABA Bella Durmiente, como decía mi esposa y repetían sus amigas y los esposos de sus amigas. Yo sólo

sufría por ella porque cada día me revelaba algo nuevo de su vida. ¿En qué estás pensando?, le preguntaba la calavera con su mirada hueca. Había sido una mujer hermosa, estaba seguro, la piel rosada y el pelo negro, una sonrisa saludable; algunas marcas de los músculos principales en los husos más largos demostraban un trabajo rudo y agotador. Una campesina o, más probablemente, la empleada de algún rico comerciante, de quién sabe qué ciudad, esclava asalariada o criada sin sueldo y muerta en la creencia candorosa de una felicidad inalcanzable. Joven, no más de veinticinco años, con un hijo y tal vez con un aborto, había sido donada al hospital de Omán y más tarde vendida al médico argentino. Pero, por alguna razón que no se podía detectar en sus huesos, había sido infeliz, tal vez soñadora. Tal vez hoy cumpliría años. Ninguna enfermedad, ninguna dolencia física. Se la había comprado a un médico árabe, en Oran, el que a su vez la había comprado, todavía entera, a un joven aristócrata de la ciudad. Alguien inventó que había sido bailarina en sus comienzos, pero él sabía que había trabajado cargando agua o sacos de harina. Tenía un nombre difícil y lo olvidó llamándola Bella Durmiente. El médico de Oran había fracasado en su intento de perpetuación egipcia y la había puesto con el resto de los cadáveres que usaban sus estudiantes, hasta que la redujeron cinco o seis años antes de venderla, con el cuidado de que no le faltara ni una sola falange. Mohmmmed, el médico de Oran, se había interesado por la curiosidad espiritual del americano y lo había invitado con un té, en un bazar frente al Mediterráneo.

Fue entonces cuando Salvador Uriburu supo por primera vez de la existencia de Calataid, la ciudad espiritual. Mohmmmed la describió con lujo de detalles y, ahora lo sabía, con exageración. Nunca había estado allí, pero en la universidad se escondía su nombre como un mito pagano. Recordaron Roma, Cartago y la pirámide de Chit-chen-Itzá. Pero Calataid estaba viva, ese mismo día de mayo de 1958, había dicho Mohmmmed, fumando, con un codo apoyado sobre la cajita azul que contenía a Bella Durmiente, protegiéndola como el pe-

queño tesoro que sería dentro de mil años más. La versión oral más conocida sobre Calataid exageraba tanto sus costumbres y su arquitectura que pocos creían seriamente en su existencia. Como él, hablaban español y probablemente pertenecían a alguna secta cristiana, de las tantas sectas que dieron al mundo los seguidores del profeta crucificado. Poco después de recibirse de médico en Córdoba, el joven Urriburu había recorrido medio mundo buscando la iluminación, un signo que le revelara la salvación de una vida mecanizada, sin sentido. Fue hasta Argel en busca del doctor Frantz Fanon, y de su encuentro con el filósofo negro guardó una colección de apuntes y la fascinación por África. Se dijo, años después, que Fanon lo había visitado en Calataid a principios de la revolución y que se había marchado sin que nadie lo hubiese visto subir al tren.

Cuando el médico argentino llegó a la ciudad en 1958 y armó a Bella Durmiente en su consultorio, llamó alarma de sus pacientes que no comprendieron que eso tan horrible podía tener algo en común con ellos y con su sanación. Más tarde fue tolerada por la costumbre y por el entusiasmo científico del médico. Hasta que en 1967 los rumores de la relación perversa que mantenían los dos acabó con la profesión de él. Los rumores se prolongaron después de su muerte, afirmando que ella lo había llamado para unirse definitivamente en las cisternas profundas de Garama.

Bella Durmiente murió de angustia, pensó el doctor y miró por la ventana. Se había dejado crecer la barba, aunque todavía era escasa. Su frente se había vuelto más pálida, sus ojos más profundos. Tendría treinta y dos o treinta y tres. Era demasiado joven para casi todo, aunque Basílides no podía tener conciencia de la escasez de tan pocos años. La viuda del cine había dicho alguna vez que Salvador era un hombre tan profundo que cuando se asomaba a su interior le daba vértigo. Pero la gente dejó de admirarlo y de agradecerle la vida, sospechando que por ella habían perdido sus almas. Como si no le importara, o como si le importara demasiado, se hundía en el silencio de su consultorio y miraba por la ventana, miraba siempre

por la misma ventana que daba a un pedazo de cielo y al callejón del izquierdo. Así lo recordaba Basíldes, progresivamente triste, repentinamente melancólico, como si antes hubiese sido feliz, o como si antes hubiese tenido una esperanza que ya había perdido, definitivamente. Entonces, entraba en su consultorio y él se daba vuelta y hacía un conocido esfuerzo por sonreír. «No está más triste» pensaba Basíldes; pero igual sentía su tristeza, su decepción en forma de alegría.

LAS POCAS VIRTUDES QUE CADA HERMANO tenía sólo podían ser mérito de ellos mismos, en su penoso transcurso por la vida, porque cada uno hizo lo posible por compensar su monstruosa mala suerte. A un hombre defectuoso como Basíldes sólo le quedaba la oportunidad de ser genial, y tal vez por eso se había dedicado a la música. Pero ni siquiera era genial. En una aldea como la suya al menos podía simularlo, aunque de este engaño no obtenía más admiración que desprecio. Más bien era un músico mediocre y lo peor de todo era que él mismo lo sabía. Su madre también, y por eso despreciaba aún más la afición de mi hijo, desprecio que materializaba todo en la pobre trompeta.

Su hermana en cambio era bonita, sí, casi un galán de cine, pero le faltaban las piernas y prefería a las mujeres; aunque nunca besó a ninguna, aunque nunca nadie quiso saberlo. O preferían pensar que era un muchacho; o ignoraban deliberadamente que las jóvenes soñaban con verla asomada a la ventana de su alcoba o se escondían para leer sus obscenos versos. Cuando su padre vio su sexo sin piernas, la llamó Soledad. Poco después de su primera menstruación su madre resolvió ingresarla al Convento de las Teresitas, pero no fue suficiente la influencia que tenía la vieja familia Arenas en Calataid para lograr que la aceptaran. La niña Soledad supo de la solicitud y luego supo del rechazo, pero no supo cuál de los dos momentos le había dolido más. Como de costumbre, corrieron todo tipo de teorías y rumores sobre la nueva vergüenza de la familia Arenas. La excusa

más elaborada y menos verosímil para la comentada decisión vino del mismo convento, y declaraba que las monjas habían logrado tal grado de liberación y perfección espiritual que habían ingresado al último claustro central, olvidando el uso del lenguaje humano, tan necesario para la educación de alguien que había crecido contaminada por la impiedad.

Por su parte, el hijo mayor, el Basilisco, si bien no tenía un cuerpo de atleta, tampoco tenía problemas de los hombros para abajo, pero le sobraba cabeza por donde mirases vos. Por un tiempo hizo algún esfuerzo por ensanchar los hombros, para disimular un poco su desproporción. Estaba lejos de un séptimo griego. Hizo ejercicios y pesas en el sótano de la casa vieja, pero la música siempre pudo más y después de una o dos semanas de rigurosa disciplina física, empecé a invertir esas horas, quemadas inútilmente, en soplar la trompeta.

Si bien no era un gran músico, por lo menos la trompeta lo ayudaba a olvidar lo demás. El hecho de que su perfil empeorase con la edad dejaba de importarle, por lo menos en una medida razonable, cada vez que se concentraba en lo sublime. En la misma proporción que amaba la trompeta odiaba los espejos. Y más odiaba tomarse fotografías, porque si bien los espejos le reflejaban su propia fealdad (especialmente cuando estaba desnudo), las fotos se empeñaban en exponerlo ante la curiosidad ajena, sin el asco o sin el miedo que lo protegían cuando se encontraba presente. En las fotos, su hermana, a la que llamaban «el pájaro», llevaba siempre las de ganar. Me llamaban así para molestarme, pero ella estaba orgullosa de su apodo. Estaba convencida, como Frida Kahlo, que una persona no necesita piernas si puede volar. Cualquiera podía darse cuenta de cuánto dolor había detrás de esta afirmación orgullosa. Y cuánto esfuerzo inútil por volar, también. Además, el apodo masculino sólo molestaba a su madre, no a ella, que dedicaba todos sus versos a mujeres desconocidas, probablemente ideales o disfrazadas por nombres inventados. Sólo su hermano la llamaba «el pájaro» con cariño. Probablemente él la quería, aunque es más probable que sólo sintiera solidari-

dad por ella, tanta lástima como debía sentir por sí mismo cada vez que se enfrentaba a un espejo o se recordaba de perfil mientras hacía otra cosa. Decía que nunca había sentido celos de ella ni nada por el estilo, aunque fuese más bonita como hombre, aunque haya descubierto que la única mujer que se le había acercado por voluntad propia en toda su vida lo había hecho porque estaba enamorada de ella.

NUNCA TUVE CELOS NI ENVIDIA DE MI HERMANA —dijo—; aunque nunca hubiese cambiado mi vida por la suya. Es cierto que yo la maté, sí, pero dicho así nomás es una cosa, y la verdad en toda su dimensión es otra bien distinta. No necesito dar explicaciones de algo que todos saben mejor que yo, aunque el pueblo siempre olvida rápido. Yo nunca pude olvidar y ese fue mi castigo. Recordar, recordar eternamente cada detalle, cada palabra, cada grano de arena en el desierto. Recordar, recordar de vivo y recordar aún después de muerto. Así me castigó Dios, por pensar que mis defectos de nacimiento eran una prueba de Su indiferencia, de Su olvido.

En las fotos de familia era el pájaro el que siempre se lucía. Era bonito de verdad, había que reconocerlo. Era bien proporcionado y tenía cierto aire de actor de cine. A los fotógrafos siempre les interesaban las partes altas del cuerpo humano; tomaban sólo la cabeza, o la cabeza y los hombros, o la cabeza, los hombros y la cintura. Era muy raro que a alguien le interesaran sólo los pies o sólo la cintura. Se entiende: la vida social se representa, casi exclusivamente, en el hemisferio superior del cuerpo humano, aunque los guiones se escriben en el sur. Incluso la pornografía no puede abstenerse de los rostros, según había visto en una revista francesa. El amor y el odio, los instintos bajos y el amor a Dios se concentran allí. Una persona puede vivir sin pies, pero nunca sin cabeza. Es allí donde uno tiene todos los sentidos, hijo, y casi toda la vida psíquica, incluida el sexo.

—¿Por qué hablas de esas cosas a mi hijo? ¿Quieres llevar élo al infierno?

Entonces, no era raro que un defecto en la cabeza tuviese más implicaciones sociales que un defecto en el culo o la ausencia de los

pies. Cuando yo era el fotógrafo del alcalde, tomé a los hermanos una foto de cuerpo completo e puse éllas en el Salón de la alcaldía como la parte que eran. Las no-piernas del pájaro no llamaron alarma. A nadie molestó la vista de esa ausencia. En todo caso, sentían compasión por la rengueta; era más probable que quisieran acercarse a ella y pasar la mano por su cabeza, repitiendo el clásico «pobrecito». Sobre todo aquellos que lo veían por primera vez y no sabían que era una niña o una joven con el pelo corto. Claro, no podían tener asco de tocar algo que no existía. Cuando el pájaro se miraba al espejo, no tenía nada de su cuerpo que despreciar. En cambio, yo no sabía qué hacer con algo que no lo sentía propio sino agregado, unido a mí como un castigo. Había que ver esa cabeza posando junto al resto de la gente, al lado de su hermana: era como un manotazo sobre el piano en medio de una pieza de Chopin, como tres segundos de jazz en medio de un vals de Strauss. No sé si esas fotos sobrevivirán aún, papá, pero si existen en algún rincón de este universo, ya no podrán hacer daño a nadie, porque antes de que cayeran en manos enemigas yo mismo me encargué de borrarles lo que tenían de feo, es decir, a todas las que pudo les raspó lo que había sobre sus hombros. En todo caso, cuando la historia ajena desentierre a Calataid y las intimidades de la familia Uriburu, registrará una especie de fantasma con la cabeza blanca, como un fósforo encendido, al lado del pájaro o de su madre.

DE CHICO, BASÍLIDES PENSABA QUE DE ELLOS DOS se hubiese podido hacer una persona normal. Y no eran sólo ideas suyas: una noche escuchó a su propia madre, hablando en la oscuridad con alguien: «de dos podía tenido fecho uno bien» habría dicho esta mujer viciosa. Primero me dolió; después leí el Zaratustra de Nietzsche, escondido en una alacena, en la biblioteca de mi padre, dentro de las cubiertas arrancadas al Mio Cid, y dejaron de importarme las viejas del pueblo. Referirse a las viejas del pueblo era sólo una forma de referirse a todo el pueblo con un desprecio consolador. En realidad, no importaba la

edad ni la experiencia; aquel defecto suyo era suficiente para provocar en la gente un terrible disgusto, cada vez que me veían por la calle. Y no era para menos. Algunas mujeres cruzaban a la otra acera o nos persignábamos si estábamos embarazadas, porque era bien sabido que la fealdad y la mala suerte son contagiosas, aunque el doctor, que había engendrado semejantes hijos, dijera lo contrario. Y como no podían culparlo de algo que ya traía de nacimiento, lo culpaban de lo que había adquirido después: la costumbre anormal de tocar la trompeta, su incomprensible capacidad para sentir la música en lugar de la religión de Calataid, su atrevimiento de ser escasamente feliz soplando aquel instrumento de babosos. ¿Podría alguien imaginarse a Jesu Christo tocando la trompeta? Jesu Christo nunca hubiese tenido un discípulo trompetista, había dicho el pastor Ruth Guerrero. Algunos decían que fingía felicidad cuando tocaba; que fingía, como su padre, sobriedad cuando en realidad estaba ebrio, genialidad cuando en realidad era un mediocre, superioridad cuando en realidad era un miserable monstruo defectuoso.

Se sabía que Basíledes había perfeccionado el arte de ignorarlos. Se iba con la trompeta a la muralla de Lázaro, a tocar jazz y a esperar el tren de la capital. Ese tren que cambió su vida, digámoslo de paso.

LA TENTACIÓN DE BASÍLEDÉS NACIÓ en la misma estación. El tren de Argel llegaba el último jueves de cada mes, se detenía en el pueblo media hora, giraba sobre el disco, descargaba el petróleo refinado que alimentaba la usina eléctrica y se volvía hacia Adrar, sin que mucha gente llegara siquiera a enterarse. O no querían enterarse. Desde chico, Basíledes supo que el tren era algo peligroso. Su madre hizo que terminase tomándole pánico, repitiéndole, siempre que podía, que no me acercara a menos de cien metros de las vías. Sobre todo cuando la bestia estaba por pasar, porque las ruedas chupaban a la gente y las destrozaba entre sus rayos de acero, porque así se alimentaba de aldea en aldea. En eso se parecía a la gitana, una comehombres.

Basíledes le tenía un miedo terrible (al tren y a la gitana) pero después, a medida que iba cumpliendo años y en su cara iban saliendo granos con pus primero y barba más limpia después, comprendió que estas advertencias no sólo pretendían ponerlo a salvo de algún terrible accidente sino, sobre todo, formaban parte de una obsesión colectiva. Para el pueblo, el tren traía el mal. Era negro y poderoso como un rinoceronte —como el rinoceronte que tenía el alcuazil en un cuadro colgado en una pared de su despacho—, portador de todo lo peor que caracterizaba al resto del mundo: ideas comunistas, desorden anarquista, violentas películas del Oeste Salvaje, asesinatos y pornografía de Los Ángeles, mercancía inútil de la China, armas de Brasil y de Paraguay, libros de Francia con oraciones a la Nada, máscaras y ritos vudúes de África negra, mujeres demasiado vestidas de Persia, mujeres demasiado desnudas del Congo, whisky de Inglaterra, violencia y fanatismo de Argel, de donde llegaría un día la muerte con su Ley. Apenas supieran que en su país existía un pueblo de europeos blancos y afeitados, los moros enviarían en esos mismos vagones decenas de degolladores para borrar lo que las arenas del desierto no habían logrado borrar en quinientos años. Eso sin contar la evidente contaminación del aire a causa de los gases tóxicos que despedía la máquina. ¿Qué quedaría de Calataid si se permitiera el avance de todas esas plagas sobre sus higiénicas calles de piedra? Tampoco los maquinistas tenían buena fama; siempre llevábamos una barba de tres días, lo que para Europa es mucha barba y para Argelia es demasiado poca. Y lo primero que hacían al llegar a la estación era emborracharse o seguir bebiendo para confirmar la borrachera que traían de Sidi-bel-Siwa. Todo a pesar de que había una estricta prohibición al respecto; sin embargo, a la gente le gustaba decir que la soledad del tren era propicia para todo tipo de alucinaciones ilegales. En la soledad profunda, los hombres solían ver mujeres desnudas, corriendo al lado del tren, y para muchos era preferible ahogar la locura bebiendo alcohol, a riesgo de ser ahorcados por los moros, a morir deseando calmar una lujuria imposible.